

Y de este modo  
Y de esta manera,

se encuentra usted al casero en el portal, en la escalera, en el tejado y en la sopa. Me explico que proyecten darle una cencerrada algunos vecinos de cierta casa del barrio de Alegría. Lo que es menester que le peguen fuego á la casa (cuando él esté dentro).

### MI AMIGO STOR

Aunque me carga la tierra, no por eso deja de aburrirme el mar. Estoy bastante mal con el planeta.

En los primeros días de esa locura que se llama « viaje al otro mundo », todo se me vuelve mirar el cariz del agua; luego me río un poco de los compañeros de viaje; después voy á proa á desacreditar á los de popa y vuelvo á popa á hablar mal de los de proa, y, por fin, entablo con todos ellos las más cordiales relaciones.

En el *Oaxaca* había bastante personal para un palique diario. Pero en el mar son eternos los minutos, y, á los pocos días de tener la casa á flote, se observa que no hay de qué ni con quién hablar.

Estaba yo en proa contemplando el degüello

de una vaca y hablando mal de ella, cuando pasó junto á mí un distinguido joven mejicano que ha venido á Europa en desempeño de una comisión de su gobierno.

Los mejicanos se dividen en dos classes : unos (los menos) que odian sistemáticamente á España (como aquel señor *Aquiles* que me enviaba articulazos señalados con cruces rojas), y otros mejicanos (los más) que respetan y quieren de amor á la madre patria. Á este número pertenece Stor, y dicho está que esta condición suya, fuera parte de otras no menos relevantes de su espíritu, había de hacer que me fuese simpático, así como también que me prendara yo de su cultura, puesto que soy de mío inclinado á frecuentar el trato de las personas bien educadas, y cuando tengo que habérmelas con un Carvajal (marqués de Pinar del Río) ó con algún salvaje así, sabe Dios que paso las de Caín.

— Vea usted, amigo Stor, cómo esta indecente vaca, que se pasaba las noches en claro dando bufidos que no me dejaban pegar los ojos, tiene ya abierto el pescuezo, y mañana mismo empezaremos á comérmola aderezada con patatas. ¡Justo castigo á su perversidad! Vea usted qué ojos pone. Parece que quiere llamarnos *asesinos!* Pues, señora mía, no haber nacido vaca.

— La están *fregando*; ¡y bien! amigo. Es la última; pues ya estamos llegando á los mares de Europa. Yo también estoy *fregado* con este viaje y pensando en las diabluras que nos faltan hasta llegar á Liverpool.

— Sí que lleva usted razón. Ese temporal que hemos pasado cerca del banco de Terranova fué una barbaridad. No se fie usted de la niebla que se nos echa encima, y quédese usted en la Coruña. Luego va usted á Madrid; y, á la satisfacción de conocer á la madre patria, se unirá el gustazo de pasar en la villa y corte los días de carnestolendas. Bailaremos habaneras con esa señora de popa...

— Yo estoy siempre á las órdenes de usted, mi amigo. La idea me parece *chulisima*, y luego luego voy á pedir que desembarquen mis equipajes. Porque este viaje es muy largo, y yo estoy *fregado*; ¡y bien!

En la tarde del 5 anclaba en el puerto de la Coruña el magnífico vapor mejicano *Oaxaca*, que había hecho la travesía en once días escasos, con mar muy duro y un temporal muy decente.

Á mi amigo Stor no le cabía el gozo en el pecho. ¡Estar en la patria de sus antepasados! ¡Ver á ese Madrid tan nombrado, y comprar una capa, una bandurria y un calañés para decir luego á sus

amigos de Méjico: « He estado en España, ¡fregados!... »

Aun no había acabado de echar anclas el vapor, que ya estaba mi compañero con sus baúles en el primer tramo de la escala dispuesto á bajar *incontinenti*. Yo le veía... y me sonreía.

Los elementos nos recibían de mala manera. Soplaba con furia un airazo helado y sacaba de sus casillas al mar, que había tomado color de porquería de gato. De repente atraca un bote que venía de tierra, y tratan de llegar á bordo en confuso tropel hombres y mujeres. Aquello era un asalto, una invasión de beduínos...

— Pero, señor, ¿qué es esto? me pregunta todo asustado mi amigo Stor.

Y yo le respondo:

— La fuerza de carabineros.

— ¡Ah! es que los republicanos estarán en guerra...

— No, señor. Es que se trata de impedir el contrabando.

Stor no hace caso; quiere bajar, y es detenido por dos carabineros que, colocados á uno y otro lado de la salida, le apuntan con sus fusiles. Entonces intervengo yo para evitar el fusilamiento de mi amigo, y se me dice que no es posible bajar á tierra porque la aduana está cerrada.

— Y bien, señores, bajaremos con los bultos de mano.

— ¡No puede ser! ¡Hay que bajar con lo puesto! Me dirijo al teniente de carabineros:

— Caballero... usted dispense... mi amigo y yo somos dos personas decentes, aunque nos esté mal el decirlo. Queremos ir á tierra con estos pequeños bultos; dos maletines *yankees*, ya ve usted, muy monos, y dos carabinas...

El teniente hace signos negativos.

— Pero, caballero... prosigo yo, vengo enfermo. (Y le enseño dos tamaños forúnculos en semejante sitio.) En una de esas maletas traigo hilas, esparadrapo y otra porción de cosas que necesito para sacarme el pus del cuerpo — ¡así pudiera madurarme también los forúnculos del alma! — Vea usted, que no puedo mover el cuello, de tanto como me duelen estos malditos diviesos.

Lo dije poniendo una cara tan triste, que el jefe de carabineros se enterneció.

— Bueno, bueno, respondió. Pero antes de bajar hay que ver eso... ¡Eh! tú y tú (dirigiéndose á los centinelas), mirad las maletas de mano de estos señores.

Concluido el registro, que fué una especie de saqueo, fuimos pasando uno á uno por el hueco que dejaban otros centinelas que se habían colo-

cado en la escala, y... aquí palpo, allí estrujo, nos pasaron revista al pecho, á la espalda, á la tripa...

— Pero, hombre, observo yo, ¡bien podían ustedes tocarme esto también!

— ¿Hay revolución en el país? vuelve á preguntar Stor.

— No, señor. Es que persiguen á algunos tabacos que pudiera llevar usted dentro del cuerpo.

Empezamos á bajar. Pero al mismo tiempo que descendemos algunos pasajeros, suben, dando voces y ofreciendo servicios, una muchedumbre de boteros y de intérpretes de hoteles. La confusión es espantosa. « ¡Que se va á romper la escala! — ¡Agárrese usted bien, no se caiga! — ¡C...! — ¡P...! »

Y, naturalmente, cayó al agua. Era un pobre viejo. Desapareció en el fondo, y volvió á salir con cara de agonía. Se oyen gritos, y cien manos generosas quieren salvarle. Quién le coge del pelo, quién de las solapas de la chaqueta, éste le tira de una manga, aquél de los fundillos del pantalón; ¡arriba! y salió el abuelo con medio palmo de lengua fuera, y fué saludado con una ovación de palmas y risas...

Ya estaba yo en el bote esperando á Stor. Pero Stor no bajaba. Permanecía en la escala, oyendo

con asombro aquella algarabía de hombres y mirando aquellas oleadas de mar, que cada vez se asemejaba más á porquería de gato.

— ¿Qué hace usted, que no baja?

— ¡No, hombre! ¡Eso es una locura! Si nos vamos en ese bote, ¡nos fregamos!

— ¡Arrea, botero! le digo al mío.

Y me dispongo á llegar á tierra sin Stor. Otros botes salen al mismo tiempo, pero muy luego nos separa el viento. ¡Qué modo de remar! ¡Qué lucha contra las olas! Sí, vamos á ahogarnos en el puerto, á veinte minutos de la Coruña. Dos botes desaparecen. (No se ha sabido más de ellos.) El que me conduce no da un paso adelante. Yo estoy calado de agua; el frío me hiela los huesos. Digo al botero que procure ganar la escala y me restituya al vapor; y el botero, que se figura que va á perder el viaje, se niega á complacerme. Le mando... y no hace caso tampoco. Entonces le enseño la boca de un *revólver*; ¡y el *revólver* me lleva á bordo del *Oaxaca*!

Stor me recibe con los brazos abiertos.

— Le vi á usted *fregado*, ¡y bien! me dice.

Aun estaba á bordo el señor Carricarte, consignatario de los vapores mejicanos. Llegome á él, le hablo un poco, y aquel cumplido caballero pone á mi disposición la lancha del vapor.

Ya estamos en ella Stor y yo. Hay mucha mar de proa, y el agua nos llega á las rodillas. Llueve al mismo tiempo de un modo salvaje. Un golpe de mar se lleva el paraguas de Stor.

— ¡Vea usted si no le ha llevado el brazo! le grito yo.

Ya es de noche cuando ponemos los pies en la escalera de piedra que conduce al puerto. Estamos más muertos que vivos, necesitados de ropa seca, de lumbre, de reposo. El puente parece que no se concluye nunca. Tropezamos aquí con un bache, allá con un madero, acullá con una cesta de pescado, todo chorreando agua y lodo. Es una peregrinación por un pantano. Pero ya se alcanza á ver un farol del parque... ¡qué alegría!

— ¡Alto!

Son los carabineros (otra vez) que piden ver las maletas.

— Ya están registradas á bordo.

— No importa. ¡Á la casilla con ellas!

Y vamos á la casilla, y se nos registra nuevamente.

— No puede menos que haber una gran revolución en el país, dice Stor.

Y entramos en la ciudad, á pie, porque no hay coches, seguidos de una turba de intérpretes, de mozos de cuerda, de mendigos y de chicos; todos

piden, todos hablan, todos gritan y manotean, y, escoltados por aquella kábila, llegamos al hotel Iberia...

— ¡Á los equipajes! le dije yo á mi amigo al amanecer del día siguiente.

Pasan las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce, y el equipaje sin registrar, porque no ha llegado el señor vista.

Llega, por fin, el señor vista, y se procede al registro; ¡uno á uno y cuidadito con moverse nadie! Se forma una cola atroz que llega desde la aduana hasta el final del puente.

Entre tanto los carabineros van registrando. Meten las manos por este lado, las sacan por aquel otro, aquí pinchan, allá aplastan, y dejan los baúles que parecen gallineros.

Ahora... dos realitos por trasladar el cofre de no sé dónde; una peseta por haberle llevado hasta allí; otra peseta por haberle traído hasta aquí; pago de puertas, ventanas y toda una casa de mampostería.

Vaya, tenemos los baúles-mundos.

— ¡Á los tabacos que hemos declarado! le digo yo á mi amigo.

Peró se nos advierte que no está hecho el *pre-cinto*, y que es fuerza que nos estemos en la Coruña otro día más.

Llegado éste, otra vez cola en el establecimiento. « Entre usted por aquí, y salga por allí, y *suba arriba*, y *baje abajo*, y vuelva usted á entrar por ahí, y salga por allá, y ésta no es la oficina correspondiente, que es la de enfrente, y... pague usted cuarenta y siete pesetas de derechos por doscientos tabacos y ciento ochenta y siete cajetillas. » Con éstas se ha formado un solo bulto; sobre el bulto está el precinto, que es una faja amarilla, y sobre el precinto un sellito.

« ¿No ha traído usted los sellos? » Pues á comprarlos al estanco. Otro paseito, y « entre usted por aquí y salga por allí, y suba y baje... »

Stor estaba verde. Le advirtieron que era de rigor que no rompiese el precinto, *por si le registraban en Madrid*, para lo cual tenía que llevar el paquete de cigarrillos guardando la forma que tenía.

— Pero, señor, decía él, es increíble que pueda ir en el baúl este bojote, que es casi tan grande como el baúl.

— Pues no hay caso. Llévelo usted en el coche.

— ¡Pero iré *fregado!*...

Al salir á la calle se despegó el sellito con el aire que hacía, y se marchó volando. No era cosa de dejarle, porque el tal sellito llevaba encima el sello de la hacienda, y corrimos tras de él, lo-

grando darle alcance en el portal del café de Ambos Mundos, y al bajarse mi amigo fué mordido en la mano por un gallego que salía del establecimiento.

¡Oh María Pita! ¡Oh Santiago á caballo! ¡Oh cueva de Covadonga! ¡Lo que habló mi amigo Stor mientras íbamos á pie desde el hotel Iberia hasta la central del ferrocarril para tomar billetes en el tren correo que sale á las *dos y veinticinco minutos* de la madrugada!

— ¡Ay, mi amigo! ¿Por qué no me avisó usted que nos habían de pasar estas *fregaduras*? ¿Pero esto es España?...

— Esta tierra, le dije yo, es una tierra de bendición. Las gallegas son las mujeres más hermosas de España y acaso las más bonitas también : muy amorosas, frescachonas, dadivosas, sencillas y baratas. Los gallegos son trabajadores, honrados y pacientes. Tienen el *chic* de morir de *murriña*... Tienen también algo de la resignación del buey uncido al arado... Este pueblo vivía sin ambiciones, ni quebraderos de cabeza, en sus hermosos valles, impregnados de dulces aromas é invadidos de continuo por el rastrear de sombras de indefinible tristeza... En este país se había ocultado el idilio de la vida... Pero la civilización, que todo lo prostituye y aniquila (¡bienaventura-

dos los cafres!), va secando poco á poco la poesia de esta tierra benéfica. No todo ha muerto, sin embargo, y mañana podrá ver usted, al clarear del día, el verdoso fondo de estas montañas por donde corre cristalina el agua que nunca fué enturbiada y de donde bajan, rumiando el musgo y arrastrando las repletas ubres, vaquiñas gallegas pastoreadas por zagalas que tienen colores de cromos y que llevan también hinchadas las barrigas. Porque aquí, amigo Stor, todo el mundo está preñado...

Á este punto de mis filosofías había llegado yo, y libreme Dios de decir adónde hubiera parado, cuando vino á interrumpirme el cadencioso arrullo de una danza habanera. Por ser aquel día el primero de carnaval, celebrábase un baile en uno de las círculos de la ciudad.

— Tienen ustedes tiempo de ver algo, nos dijo el cónsul de Méjico en la capital de Galicia. Aun pasará media hora antes de venir el *Ripper* que ha de llevarles á la estación.

Entramos en el salón de baile. Corre en seguida la noticia de que está allí un extranjero, y se dan prisa los caballeros en saludar y obsequiar á mi amigo.

Éste, profundamente asombrado, quiere tragarse con los ojos á una porción de chicas que se en-

tregan locamente á la alegría de vivir, de bailar y de ser bonitas.

— ¡Qué caballeros tan finos! me dice Stor, y ¡qué señoritas tan lindas!

— Pues eso, le dije yo, eso es España.

Y él, sin poderlo remediar:

— Pues ¡viva España, y bien!

¡CA HOMBRE, CA!...

Dos cañonazos á derecha é izquierda... ruido de un ancla que desaparece en el fondo de una bahía, y parálisis repentina de un vapor que momentos antes tenía el mal de San Vito... Habíamos llegado al puerto de la Habana.

— Caballero, le dije á un botero que se presentó ante mí con pantalón de muselina, bufanda y jipijapa, el bote de usted me parece demasiado chico. Eso es una canoa.

— ¡Ca, hombre, ca!

Aquella contestación me chocó mucho.

Al llegar á la *machina*, vi una mulata que se balanceaba como una goleta con tiempo duro de popa... Me creí en el caso de hacer una frase erótica.

— Es usted una mulata de flor, le dije.

Y ella :

— ¡Ca, hombre, ca!

Aquella contestación me chocó más todavía. Trabajaba la Judit, y fui al teatro de Tacón. El público estaba entusiasmado. Me figuré que tenía yo el deber de entusiasmarme un poco.

— Caballero, le dije á un señor que estaba á mi lado, seguramente no han visto ustedes mejor actriz que ésta.

— Y el caballero :

— ¡Ca, hombre, ca!

Aquella contestación me chocó de un modo extraordinario.

Al día siguiente había toros.

Cuando me encontré en las avenidas del Parque, parecióme que estaba en la Puerta del Sol. Toda la zona que comprende el Parque, el hotel Hispanoamericano, el Louvre y la vidriera Tacón tiene cariz de Puerta del Sol, y lo que se llama *acera del Louvre* pudiera llamarse *acera del Café Imperial*. Había allí una porción de toreros (perdonando la hipérbole), otra porción de aficionados al arte, como una docena de mujeres alegres que se las daban de chulas y una animación muy grande en todos los corros.

Me entusiasmé otro poco.

— Caballero, le dije á un tertuliano del café, se aclimatan aquí las costumbres taurinas. No se dirá que la asimilación no es un hecho...

Y el interpelado :

— ¡*Ca, hombre, ca!*

Ya no pude resistir ; imaginé que todos los vecinos de la Habana se habían puesto de acuerdo para burlarse de mí, echándome á la cara aquel ¡*ca, hombre, ca!* Estuve por decir al caballero : « Ya está usted saliendo á la calle, que le voy á dar una trompada. » Pero le dije :

— Caballero, necesito que me explique usted esas palabritas.

Y me las explicó. Privaba entonces en el teatro Cervantes la pieza *Toros de punta*, y el público se había enamorado de aquella frase.

— Es lo que tiene la Habana, me dijo el caballero ; en poniéndose de moda una *camagüeyana*, una frase ó un adagio, lo repite todo el mundo.

En aquel momento pasó por la acera un vendedor de dulce de coco, y lo ofrecía gritando : ¡*Ca, hombre, ca!*...

Para ir desde el Parque á la plaza de toros hay que atravesar media Habana, y la Habana, por lo destartalada y estrecha, es una *City*, pero con sol que levanta ronchas.

El camino se hace largo y pesado á la ida. No así á la vuelta, porque á esa hora va de vencida el sol y se le ponen delante, porque valen más, algunos ojos de mujeres habaneras que se asoman

á las rejas y á los balcones para ver el desfile.

La plaza, que es una porquería, está fuera de la población. Los alrededores del circo son más antipáticos que el señor Maribona de Matanzas : unos cuantos árboles cubiertos de polvo y un arroyoapestoso.

Exhibíanse en la plaza muchas notabilidades : en representación del ramo de tabaqueros, el excelentísimo señor don Leopoldo Carvajal ; en representación del señorío de la calle de San Miguel, la excelentísima señora *Francisqueta* ; á nombre de los revisteros de salones, don José Fornaris.

— Amigo Gaviño, le dije á un periodista que á pesar de ser notable en Cuba lo sería también en Madrid, observo que no hay señoritas en la plaza.

Esto diciendo, acerté á ver una que asomaba por un palco.

— Ésa es Marta, querida de un torero, me dijo haciendo un mohín desdeñoso la guapísima Elvira.

— Pues es hermosa esa Marta.

— *El sí...* Pero la llaman el *Pavo...*

Era la heroína del día. Ser la querida de un torero pasado por agua, no cabía más á juicio de Marta.

Y no había otras mujeres, ni más señoritas que la guapísima Elvira, « porque yo no puedo reme-

diarlo, me decía ella; soy catalana, y en hablándome de toros, me derrito ».

Las cubanas son altivas por temperamento; son, además, muy mujeres de su casa. (En Cuba hay hogar.) Por eso se las ve de raro; por eso también no asisten á las corridas. Desprecian profundamente el arte taurino y tienen de los toreros el mismo concepto que se tenía en España de los cómicos de antaño.

El público de aquella corrida se componía, pues, como el público de todas las corridas en la Habana, de hombres, con excepción de alguna que otra Marta y de alguna que otra dama extranjera que no sabe que está mal visto el asistir á los toros.

Pero la plaza era un lleno, un lleno desanimado... Sólo se oía la voz de un negro que gritaba de vez en cuando: « ¡Agua y *duse!* »

Los señoritos *aficionaos* iban tomando asiento en los tendidos, poniendo antes sobre la piedra almohadillas de plumas para no lastimarse las nalguitas... Algunos toreros estaban en zapatillas chinas.

Y salió el toro, que parecía un conejo. Era del tamaño de una rata crecida, con orejas anchas como hojas de tabaco. Tocaron á ponerle picas, y empezó á correr perseguido por el caballo del pi-

cador. Otros caballos le salieron al paso, y ¿qué hace el cornúpeto?... agacha las hojas de plátano que le sirven de orejas y se mete debajo de la tripa de un caballo. Sacáronle de allí tirándole del rabo, y entonces, queriendo emprender de nuevo la carrera, le flaquearon las patas traseras, y, apoyado en las delanteras, tenía toda la figura de un perro sentado. Le dispararon un cohete en el rabo, y volvió en sí, es decir, á continuar corriendo.

Añafiles y atabales,  
Con militar armonía,  
Hicieron salva y señales  
De poner banderillas.

El presidente dió la señal, pero el toro... á escape por el redondel. Un banderillero, que tenía tantos pies como la *fiera*, pudo alcanzarle y le clavó dos banderillas en donde no puede decirse... (*Palmas y habanos.*) Aliviado el toro con aquellas lavativas, se acostó completamente, y, ya en el suelo, tenía toda la traza de un cochinito. Le tiraron del rabo, le levantaron de los cuernos, le dieron de puntapiés, le tiraron pellizcos, le hicieron cosquillas, le pasaron por las narices una vaca... y ¡nada! el toro roncando la siesta.

— Es que esas banderillas le han degollado, observaba un inteligente.

— Le habrá dado el vómito, decía el otro.

Fué preciso que un picador le levantara en vilo y le frotara las piernas con ron alcanforado. Y volvió á empezar la *corrida*.

— ¡Á la muerte! Pero no había modo. Aquello no eran estocadas, sino machetazos; le dejaron la tripa como si le hubieran hecho la operación cesárea, y le remataron *al fin* de una estocada que le entró por la boca y le salió por debajo del rabo. Parecía un *lechón* puesto en el asador.

Cuando volví al café Tacón, todo el mundo decía: « ¡Qué gran *corrida*!... ¡Pero qué toros!... Pero qué toreros!... »

Y yo:

— ¡¡¡*Ca, hombre, ca!!!*

## EL CONDE DE LA PENDEJADA

Á las diez de la mañana llegué yo á Majagua, caballero en el jumento de un vecino, y á las doce estaban enterados de mi llegada todos los habitantes de la villa. El dueño del hotel me dió la mejor habitación, me hizo unas cuantas cortesías y me cobró luego á razón de diez duros diarios, nada más. Yo *resultaba* de incógnito en Majagua, puesto que se me daban honores de príncipe.

— ¿Sabe usted, quién está *ahí*? se decía. ¡*Aramis!*

¡Yo en Majagua! Realmente, era un suceso... para los vecinos de Majagua, al menos.

— ¡Pero, hombre, yo me le había figurado á usted de otra manera!

— Me imaginaba usted echando fuego por los ojos y silbando como serpiente de cascabel...

— Precisamente *eso*, no. Pero, en fin, yo creía